

—Repítale que voy a narrarle lo que pasó y nada más.

Cuando se dió con el hondo pozo que conduce a la puerta de la cámara mortuoria, mi ayudante, a causa de su invalidez, no pudo tomar parte en la extracción de los bloques de piedra que lo obstruían, ni descender como el lord, los invitados y los dos jornaleros agregados al grupo, en las *cufas* o espuestas egipcias. Estaba pálido, aunque impasible, y sólo creí notar que me señalaba con los ojos a la atención de uno de los jornaleros prontos a iniciar la bajada: hombre maduro ya, pero vigoroso. Luego, acercándose con respeto:

—Olvidabas el talismán, dijo, entregándome el sello de cornalina.

Efectivamente, habíame ocurrido eso al substituir mi traje habitual por el recio vestido de campaña que es menester adoptar para los descensos, y que constituye una de las torturas de esa angustiosa operación.

Quien no lo ha realizado, tampoco puede apreciar lo que significa el deslizamiento, en gran parte al tanteo, por las dilatadas galerías donde el aire confinado durante siglos, el polvo impalpable y la temperatura de horno, prolongan hasta la agonía una desesperante sofocación.

Nada más distinto del maravilloso paseo arqueológico que sugiere al lector la narración del descubrimiento. El descenso del pozo sepulcral es peligroso, además de siniestro. Hay que precaverse mucho de las rozaduras contra los cantos filosos de las paredes, pues bajo el clima de Egipto, la más pequeña herida puede acarrear consecuencias funestas.

Obligado usted a reducir su equipo para deslizarse entre los derrumbes casi infaltables que ha producido por presión y desnivel el paulatino desmoronamiento de la montaña, su reducida caramañola sólo alcanza a disimular la sed provocada por una transpiración excesiva. Pero, lo más atroz, es el recio traje que debe uno conservar para no herirse, y en previsión de la salida con retardo bajo uno de esos bruscos fríos que sobrevienen en los arenales apenas declina el sol: otro de los riesgos peculiares a la comarca. Dijérase que, hundido en la fúnebre excavación, lleva Ud. sobre los hombros todo el peso de la siniestra montaña que vió al entrar, como descolgándose en denso manto de arena sobre las tumbas enterradas a su vez bajo la infinita desolación de aquel Valle de los Reyes.

Pero el prodigio de la tumba descubierta era tal, que hubiera valido, aún, mayores penurias.

No voy a ensayar su descripción, ni a recordar la ilustre comitiva; cosas popularizadas, por lo demás, en todos los *magazines*. Sólo le diré que la

apertura de las cámaras del moblaje, inmediatamente anteriores a la del sarcófago, fué un deslumbramiento.

Figúrese que ocho meses después no se había acabado de inventariar el contenido en muebles, estatuas, adornos y vajilla. No se recuerda hallazgo más valioso, desde el que se hizo con el hipogeo de la reina Hatshepsut; y ese Tut-Anj-Amón, su descendiente, resultaba digno, por cierto, de clausurar el victorioso período de aquella décima octava dinastía, con que los reyes tebanos dieron a Egipto su máximo esplendor hace más de tres mil años. La extenuación de largos meses de tarea, que en los últimos días llegaba a doloroso agotamiento, desvaneciése ante esa maravilla casi eterna.

Nunca se agradecerá bastante la munificencia con que lord Carnarvon puso toda su fortuna en tal empeño, costoso como ninguno, además, y el entusiasmo, el esfuerzo, el desinterés con que le sacrificó su propia vida. Pero vuelvo a mi estricta narración.

Llegaba el momento, entre todos solemne, de derribar el último tabique, asaz ligero, por cierto, que nos separaba de la cámara del sarcófago. Es siempre algo lúgubre, y hasta no exento de cierta inquietud, esa profanación de tan largo sueño...

Cuando apareció, pues, tras el polvo lentamente desvanecido del postrer azadonazo, en la vaga obscuridad, más bien teñida que alumbrada por los haces eléctricos, la celda ritual con su enorme féretro solitario, fué como si desde su bajo y estrecho ámbito de cueva nos diese en la cara la respiración de la sombra. Algo inmensamente augusto nos sobrecogió.

Pero ya lord Carnarvon trasponía esa última puerta. Era su derecho, tan justamente ganado. Dió una rápida vuelta por la cámara mortuoria, inclinóse sobre el sarcófago, sin tocarlo, y salió para dejar paso a las ilustres personas de la comitiva, pues en el estrecho recinto no cabían más de dos.

Entonces noté que del lado de afuera, es decir, donde yo me encontraba, había junto a la puerta dos vasos de alabastro cerrados con tapas cónicas de la misma substancia.

Lord Carnarvon se acercó a uno, movió, instintivamente, sin duda, la cubierta alabastrina, y ésta cedió girando, pues hallábase atornillada con la perfecta maestría de esos trabajos egipcios. Suavemente, sin un crujido, fué desprendiéndose ante nuestros ojos estupefactos.

Del tomo próximo en adelante, espere, busque los *Suplementos* del REPERTORIO; serán cosa de mucho valor. Coleccionados, le harán a fin de año un tomo de lecturas variadas y escogidísimas de 384 páginas en 4º

Mas, una sorpresa mucho mayor nos aguardaba:

¡Del vaso destapado exhalóse un vago, pero distinto perfume que refrescó el ambiente!

—Recuerdo haber leído eso con asombro, dije.

—Sin duda, repuso Mr. Neale; y yo mismo lo mencioné en una descripción publicada por la *Monthly Review*. Nadie ignora que Egipto fué el país de la química, ciencia cuyo mismo nombre parece derivar de *Chem* o *Quem*, como llamaban los hebreos a la nación egipcia, según se ve por el salmo CV: el de la recapitulación; y la flota de Hatshepsut, nos indica hasta qué punto era grande en su época la importancia de los perfumes.

Con todo, la duración de aquel cuerpo volátil resultaba extraordinaria; o mejor dicho, su cautividad de treinta siglos en una perpetuación casi inmortal. Así se me reveló el motivo de la preferencia que los antiguos griegos y romanos daban a los vasos de alabastro, para guardar perfumes. Recordará Ud. que, en griego, los preciosos vasitos perfumarios llamábanse *alabastros* por antonomasia. Sería una de las tantas cosas que Grecia y Roma aprendieron de Egipto.

Pero más extraña aún que el perfume fué la frescura que difundió en torno. Digo mal frescura, pues era más bien una especie de frío sutil, semejante al del mentol. El caso es que yo y el lord nos estremecimos bajo esa especie de helada delgadez que se desvaneció como un suspiro instantáneo.

El lord se inclinó y aspiró fuertemente con su nariz en la boca del vaso.

—Vale la pena, dijo, conservar el recuerdo de tan antiguo perfume.

Hubo en la puerta un ligero atropellamiento que llamó su atención, y yo aproveché la coyuntura para intentar lo propio.

En ese instante el *felah* a quien había hablado Mustafá interpúsose como una sombra, heciéndome con la cabeza y los ojos un enérgico signo de negación.

Por más que dicho acto me asombrara, no le hice caso alguno e insistí. Entonces, arriesgando un ademán de audacia increíble en aquellos tímidos paisanos, asió mi brazo con brusquedad, al paso que murmuraba en árabe, para que sólo yo pudiera oír y entender:

—*Atórat-el-mbut!* El perfume de la muerte!

Entretanto, el lord acababa de tapar nuevamente el vaso.

Cuando, algunas semanas después, pude ver de nuevo ambos recipientes, todo se había desvanecido, y sólo conservaban en el fondo una mancha